



Semilla

Organo del Consejo Diocesano de los Jóvenes de Acción Católica

Año XV

BARBASTRO, AGOSTO Y SEPTIEMBRE 1948

Núm. 163

Nuestra felicidad

En el espíritu humano se agita sin interrupción el deseo de la felicidad. Todos la queremos, todos vamos tras ella. Un notable escritor sitúa al hombre con la obsesionante inquietud, al pie de una montaña cuyas cuestas son rosadas de ilusión. Vémosle afanado por subir alto, por tocar el cielo de su esperanza, mas cuando cree que llegó a la cumbre, aprecia con desencanto que todo cuanto él ha subido el firmamento se ha ido alejando. Es conocida de todos aunque se olvide la moraleja: «Jamás el viajero del mundo podrá tocar con sus manos la serena región de las estrellas».

El ardor juvenil impulsa ciegamente al disfrute de los derechos que la vida creemos nos concede. Derechos, las más de las veces mal comprendidos pues giran sobre extrañas ramificaciones de señuelos de felicidad que, como el placer y el dinero, hacen presa en nuestros corazones. Si juzgamos con serenidad, la razón nos dice que la soberanía que ejercen estos ídolos de barro sobre los ánimos no es más que signo de la débil complexión espiritual que poseemos. Ciertamente que somos, como dice el poeta, luz y arcilla y que ésta tira hacia su centro, hacia la tierra, pero también es cierto que jamás cauces humanos trajeron en su seno satisfacción cumplida para nuestros anhelos. Lo material —convezcámonos— no supone más que una brevísima pieza en el mecanismo de la felicidad que ansía el hombre. Y eso cuando es lícito usarlo y disfrutarlo.

Cierto que la virtud hermosa y cristianísima del despego hacia las cosas terrenas, no disminuye en nada la cuantía de aquella afirmación de Santo Tomás de Aquino: «Un mínimo de bienestar temporal no sólo es útil sino hasta necesario para el ejercicio de la virtud». Porque, como afirma en un cuento bellissimo el P. Coloma, la felicidad sólo se encuentra «en las conciencias tranquilas, y en los corazones en paz».

El fiel imitador de Jesús, el pobrecito de Asís, no vaciló en trocar el manto delicado por el burdo sayal. Y en la inmensidad de su pobreza fué, como él decía, el más feliz de los mortales. Los pliegues macilentos del hábito que llevaba cubrían un corazón henchido de amor divino y poseta por lo tanto un tesoro de felicidad. ¡Cuántos en cambio vemos en nuestros días favorecidos por Dios con bienes materiales cuantiosos y desposeídos totalmente hasta los límites de la desesperación de la dicha que persiguen! Estos tales se encuentran en torno a la felicidad, en situación análoga a Pilatos con respecto a la verdad...

El águila vuela alto; sí, es verdad, pero es porque ningún peso lleva bajo sus alas que le impida remontarse. Y nosotros ¿queremos dar cima a nuestro anhelo de felicidad cargada nuestra alma de lastre terreno? La felicidad en la vida sólo la conoceremos con Dios reinante en nuestro corazón. Las prolongadas pruebas y trabajos a que está sujeta la humana naturaleza, no deben sino henchir el velamen de nuestra nave mortal, conducida por Dios mismo a la felicidad verdadera; a la mansión donde la dicha es sin fin.

NOSOTROS Y «ELLAS»

En la seguridad de que SEMILLA también cuenta con lectoras, creemos oportuno un artículo dedicado a «ellas».

El nominativo «ellas», abarca a nuestro concepto (y aclaramos esto para evitar posibles equívocas interpretaciones) a todas las jóvenes que se perecen por figurar «del día».

Suplicamos a éstas, nos perdonen si el trabajillo no responde a sus ambiciones de adulación etc. que tan abundantemente el mundo les ofrece. Nosotros, sin dejar de ser galantes queremos ser fiscales; y fiscales de sus procederes ante la moda.

De Maistre, nos refiere fugazmente en una de sus obras cómo un zar obsesionado por la idea de modernizar a su pueblo, utilizaba su fiero carácter en «cortar barbas y acortar faldas».

Causa más risa que espanto la infantil empresa en la que se empeñó el fiero señor; siendo que el autor, incluye casi certeramente la posibilidad de que aquél no no consiguió su deseo.

Con todo, el extravagante y tiránico poderío de aquél Pedro I, queda en mantillas ante el despótico dominio que ejerce la moda en la actual sociedad.

Lo que la Iglesia no consiguió con prédicas ni sermones en defensa de la decencia pública; lo que el sentido común no fué capaz de reconocer en beneficio de la estética, lo ha realizado un modisto por mediación de Su Majestad la Moda.

Hace algún tiempo, el vasallaje impulsó a las «niñas» a vestir a la indecente manera de la falda

La censura en el cine

Primero queremos empezar diciendo, que no saldrán a relucir aquí comentarios graves sobre los efectos psicológicos del cine, y después deseamos continuar advirtiendo, que no nos detendremos por un lado a encomiar las intervenciones acertadas a este respecto, de quienes tienen a su cargo el difícil cometido de dirigir las almas por caminos rectos, así como por otro lado tampoco nos atreveremos a censurar la ligereza con que se lanzan a los ojos del público toda suerte de películas (aun cuando no falten motivos muchas veces para ambas cosas), porque pretendemos, en fin, terminar confesando, que el tema resulta demasiado duro para los incipientes colmillos de nuestra crítica desautorizada.

Nuestro artículo tenía hoy el honroso fin de rendir un tributo de admiración a un público que, con ser aficionado al séptimo arte, sabe, sin embargo, rehuir, por medios muy ingeniosos, las influencias letales del peligroso celuloide. Son estas personas de un temperamento tan sumamente simple, que les sobra para vivir los latidos de la moda y los movimientos de sociedad, y el móvil que les induce a meterse en los salones de proyección, sólo se reduce al noble fomento de la vitalísima garrulería, maravilla fónica de todos los tiempos, llevada del mercado a la butaca o al palco, con la intención laudable de protegerse de las sorpresas escénicas y de protegernos de ellas a los demás. Se entenderá mejor esto si ponemos de relieve mediante un diálogo, el carácter de uno de estos facundos filántropos; no importa que *el facundo* sea femenino. Preguntémosle, a la salida

del cine, por las incidencias del film: —«¿Qué te pareció eso?» —«Burrall, hombre; imagínate que los Fulánez y los Mengánez sólo pudieron conseguir la fila uno ¡qué horror!, ahora que don Verenedio con sus hijas no se pierden el veintitrés ni por esas; él, siempre tan señorón, aunque saca un coloracho... En cambio sus hijas, parece que no les pasan años, y eso que la mayor ya tiene los suyos; la pequeña, tan mona: llevaba el peinado número ochenta, sí, el del nido de perdices, ¡ah! y otro par de medias de cristal, ya van cuatro este mes. A mitad de sesión llegó Niní Merengánez; lleva una túnica que es un sol; estuvimos comentando...» —«Pero, bien; yo preguntaba por la película, la interpretación, el argumento». —«Pues de eso... el tecnicolor acaso un poco fuerte». —«Pero si no era en tecnicolor...» —«¿Es posible? ¡Hubiera jurado!...»

Véase, pues, que el *color* es una cosa que no afecta en absoluto a estas personas impermeables. Pero merecen mayor admiración porque, como hemos dicho, esta virtud de repeler las influencias de la cinta, la extienden a sus prójimos mediante un ininterrumpido aviso parlante en forma de mosconejo que marea, desconcierta y crispa los nervios de los espectadores, quienes al cabo no ven ni la notable colección de anuncios, que es cuanto se podía pedir.

El método no tiene más defecto que el de funcionar tanto en las películas de color azabache como en las que siguen de la gama hasta el blanco más cándido; pero no se puede rechazar un sistema porque adolezca de tal o cual pequeña falta. Entonemos, pues, un himno de alabanza a estos aguerridos desinteresados que tanto se preocupan de los intereses ajenos: loor, loor y loor.

Juan Gil

corta. Hoy ha cambiado por completo la cuestión. No reprimamos en absoluto, el actual modo de vestir. Lo que sí nos parece abominable ahora y siempre, son las posturas ridículas; la sumisión incondicional, los vaivenes exóticos y carnavalescos que realizan en derredor de una cosa tan simple y fácil como es el vestir con elegancia.

La moda jamás significó buen gusto. Esto examínese como se quiera. Advertiremos en cuantos detalles se consulten, fluidez, paso de relámpago. Jamás moda alguna se sostuvo. Por lo mismo, la moda está íntimamente ligada al ridículo. Ni más ni menos que es un ridículo; pero un ridículo de «temporada».

El ridículo que cometían las

que tiempo atrás vestían groseramente, sólo se puede comparar al que cometen otras en el día sacando a la luz del sol telajes que llevó en tiempos de Mari-Castaña la difunta abuela.

El ridículo de las modas pone de relieve una verdad olvidada; que las palabras *buen gusto* o *elegancia* no son sinónimas de desvergüenza o carnaval; y que las formas decentes de vestir, no están a merced de ningún sastre por que sea éste de París o New York ¡Estaríamos buenos!

Los límites hacia los que «ellas» se dirigen por equívocos caminos, están contenidos en una virtud excelsa y cristianísima que se llama «modestia».

Según cierto autor, la modestia supone «bondad en los pen-

samientos y en las acciones; es el amor de todo lo conveniente y verdadero». ¿Enterados?

Hágannos caso las que quieren. ¿Van tras la elegancia? ¡Magnífico propósito! Si hemos de ser francos, nos place que la muchacha que va a nuestro lado vista con gusto. Pero atiendan bien; no hagan caso de cuestiones de temporada. Sobran pliegues, y lazos y arreos, y falta mucha, muchísima modestia; o mejor dicho elegancia.

Les suplicamos mediten la cuestión. Tememos que a un momento dado, la falta de sensatez contemporice con la tijera... Lo cual, nos afirmaríamos más y más en aquella satírica definición «cabellos largos, ideas cortas».

DOSBES

Por la abolición de la traca

Ya que el presente número pertenece al mes de septiembre, y si bien suponemos que habrán pasado ya las fiestas tradicionales de nuestra Ciudad cuando llegue a manos de nuestros lectores, no será malo traer aquí unas razones que deseamos oponer a la organización acostumbrada de aquellas, de guisa que si importa tenerlas en cuenta por quienes competa en el año venidero, nunca sea sin sobra de tiempo para su reposada discusión y estudio.

No tenemos nada que decir de los festejos últimos, salvo que ya sabíamos que no podían diferir ni poco ni mucho de los que vienen celebrándose desde el tiempo del rey Perico. Se anuncian con un acto para regocijo de pequeños y distracción de mayores y terminan invariablemente con una monumental traca no sabemos si también para regocijo de alguien; pues es el caso que si logramos demostrar que la traca no llega a agradar a una mayoría de recto juicio, y que el alma de la fiesta tiene por objeto llevar a las de los vecinos y forasteros que nos visitan, la alegría y honesta expansión con que se nos recompensa después del año laboral que precede (alegría y expansión que no nos proporcionan ciertamente esas desagradables explosiones, desposeídas de todo fin artístico apar-

te del de estremecer al vecindario y ahuyentar la república volátil), seguro es que la Comisión de Fiestas podría tomarnos en consideración. Lo cual, para nuestra desgracia, dudamos mucho, porque está en esto la réplica incontrovertible de tener a su favor un apoyo de tanta fuerza como es el de la tradición; y lo tradicional es, en ciertas cosas, razón más poderosa que la misma razón, aunque a veces lo tradicional no sea lo más razonable. A pesar de todo nosotros abogamos por el destierro de la traca. Ya se sabe que lo que estuvo bien en un tiempo, en otros más modernos se desecha. «Renovarse o morir» es una frase tradicional que seguramente dijo un hombre de talento. Podría, pues, tener en otro tiempo la traca novedad y sensación para el público pacífico poco habituado al fragor de las explosiones, mas ahora todos conocemos muy bien por desgracia el sabor de la pólvora, y no creemos que sirva de regocijo a nadie la evocación de contiendas pasadas, o el recuerdo de las que tanto están bullendo por venir.

Como quiera nos parece que se haría bien en modificar este capítulo final de las fiestas, en la seguridad de que sería mejor acogido por los espectadores otro menos «estruendoso». Y si tuviéramos que probar esta seguridad, por cierto que no tendríamos que ir muy lejos en busca de los pareceres de un gran número de personas que comparten el nuestro.

J. G.

Al regreso de Santiago de Compostela

Todas las dificultades que impedían llegáramos a Compostela fueron salvadas. Porque Dios ayudó y Santiago.

El bordón peregrino barbastrense, sonó con fuerza bajo el Pórtico de la Gloria... La Diócesis de San Ramón, con su dignísimo Prelado, dos sacerdotes y una treintena de muchachos, se sumó al verdadero ejército de paz congregado ante la tumba del Apóstol el día 25 de Agosto.

Para la Historia, Santiago es un claro exponente del amor que a Cristo profesa la Juventud.

Para el mundo materialista un mínimo de lo que somos.

Allí en Santiago, no estuvieron ausentes ni del recuerdo, los mártires. Los siete mil jóvenes de

A. C. caídos por Dios y por España, marcaban en el cielo compostelano, una ruta de eternidad. En el siempre señalado camino de Santiago, un cortejo impresionante de luminarias, velaba la vigilia de adoración y penitencia.

Nuestras plegarias fueron incienso del corazón hacia el Altísimo, en súplica de paz y caridad en este mundo desquiciado.

El cine

Desde hace un tiempo, funciona la censura de las películas que se proyectan en los salones de esta Ciudad.

Las carteleras están colocadas en ambas puertas de entrada de la Santa Iglesia Catedral, donde se detalla el grado de moralidad de las cintas. Nadie puede alegar

ya ignorancia de los reparos morales que presentan las mismas, y todo buen católico tendrá una pauta por la cual encauce su conducta de tal en este aspecto.

Próximamente serán colocadas otras carteleras en las Iglesias de los PP. Misioneros y parroquial de S. Francisco.

Quien desee una información más amplia de las películas, puede solicitarlo del vocal de Cinematografía de este Centro, el cual le pondrá en antecedentes completos.

AVISO IMPORTANTE

A partir del 1.º de Octubre quedan abiertos nuestros nuevos locales instalados en el Palacio Episcopal, cerrándose los del Paseo del Generalísimo. Todos los asuntos, correspondencia, etc. deberán dirigirse a:

Consejo Diocesano de los Jóvenes de Acción Católica — Palacio Episcopal. — Barbastro.

Comunión: El segundo domingo de cada mes.

Círculos de Estudio: Todos los martes.

(Se recuerda que estos actos son obligatorios)

MARTIRES LOCALES

Y ahora que terminó la temporada de las verbenas y los bailes y jaleos al aire libre, nosotros queremos descubrir a la consideración pública, una hazaña oculta, tanto más meritoria por ignorada, epopeya magna, llevada a cabo por héroes anónimos, ciudadanos pacientes, sacrificados, mártires. Vecinos de recio espíritu a quienes cupo en suerte tener la mansión hogareña, para su mayor gloria y ennoblecimiento, dentro del radio de acción batido por los altavoces de las pistas de baile; vecinos que se acuestan a las ocho y se les sirve la nana en forma de músicas sin engrasar, convenientemente rebozadas con el vozarrón del potente locutor. Esos vecinos que en el silencio de la noche (tango) y a la luz plateada de la luna (fox), cuentan las medias y los cuartos hasta las tres de la madrugada. Esos que a veces cuentan hasta las tres y media y las cuatro, y que a las siete deben estar arriba porque enganchan a las ocho. Esos que dan vueltas y vueltas entre las sábanas al son de la alta melodía de aquella preciosa canción del dedo gordo del pie. Aquellos que aunque profanos saben cuántos compases tiene el famoso *Aspirú* o como se llame. Aquel productor local que se entrega al descanso de un repara-

dor sueño y se levanta agotado sin asomo de reparación alguna. Aquellos otros hombres, y esas mujeres, y esos niños talluditos unos, lactantes otros, que opinan humildemente que sin tanta potencia en los altavoces, igual se podrían ejecutar las monfismas y gráciles ceremonias del encantador baile moderno, ante cuya revelación nos obligamos a reconocer la esterilidad de inspiración que han padecido todos los compositores musicales, desde Boccherini y Strauss hasta nuestros días venturosos. Esos que opinan eso, pero que nunca se atreverán a levantar la voz, porque no es de auténticos héroes ir suplicando conmiseración y benevolencia aquí y aculla. Esos que aguardan impacientes, en las noches de baile, a que se oiga por las calles desiertas, una tromba de felices seres, entonando todo lo agudo que permiten sus gargantas, aquello del vino que tiene una tal Asunción, porque esto es señal inequívoca de que el baile ha terminado. Aquellos que pueden contar una temporada más de baile en su haber sin haber llegado aún a la neurastenia decididamente declarada. A esos, a los sufridos, a los heroicos, a los mártires

¡¡Di meliora piis!!

Veipinar

BALMES Y LA PAZ

Las informaciones que suministra la prensa, enteran de que nuevamente se ha reunido el organismo internacional de la paz. A este respecto, una sandez digna de Perogrullo nos asalta y viene a revelarnos que, aunque tantos hombres hablen días y días, y no se entiendan, deben tomar afición a reunirse pues «siempre ven más cuatro ojos que dos...»

No creemos resistiese mucho tiempo paciente aquel santo Job, si habitase en nuestro pellejo.

¿Cómo tantos señores, no lo gran convencerse de que la base de la paz se halla en la voluntad y moral de los gobernantes? ¿Acaso los perseguidores de la religión, los brutales demolidores de todo lo que significa *verdad*, pueden dar pauta de ella al mundo?

Balmes, nuestro inmortal filósofo, dejó contenida en una sublime frase, toda la realidad históri-

ca de nuestro tiempo. «Con Dios todo se aclara; sin Dios todo es un caos.»

Nuestro catolicismo — a machacamartillo como era el de Menéndez y Pelayo — acredita el sentencioso giro que le damos a esa idea digna del genio hispano: «Jamás tendrá paz el mundo mientras no vuelva sus ojos a El».

B.

«Al llegar la edad de la razón, empieza nuestra educación personal, cuya principal tarea consiste en adquirir y conservar el autodomínio ó señorío sobre nosotros mismos». — Dr. RAFAEL FORNS.



Bodas de socios

El día 5 de Septiembre, en la Iglesia Parroquial de Santa Engracia de Zaragoza, contrajeron enlace matrimonial el socio de esta Juventud, Gregorio Portella, con la señorita Araceli Hernández.

Reciban nuestra más cordial enhorabuena.

El 27 de Septiembre, contrajeron matrimonial enlace el socio colaborador de nuestra revista, Francisco Bandrés Villacampa, *Paco II*, con la señorita María Luisa Meler Ferrer.

Bendijo la unión el Secretario de Cámara del Obispado y ex-consiliario de los jóvenes D. Santos Lalueza, quien pronunció una emotiva plática.

Revistió la ceremonia sobriedad debido al fallecimiento del padre del contrayente, (q. e. p. d.), ocurrido hacía pocos días.

Reciban con tal motivo, nuestro doble testimonio; de pésame por la pérdida afectada, y de felicidad por su enlace.